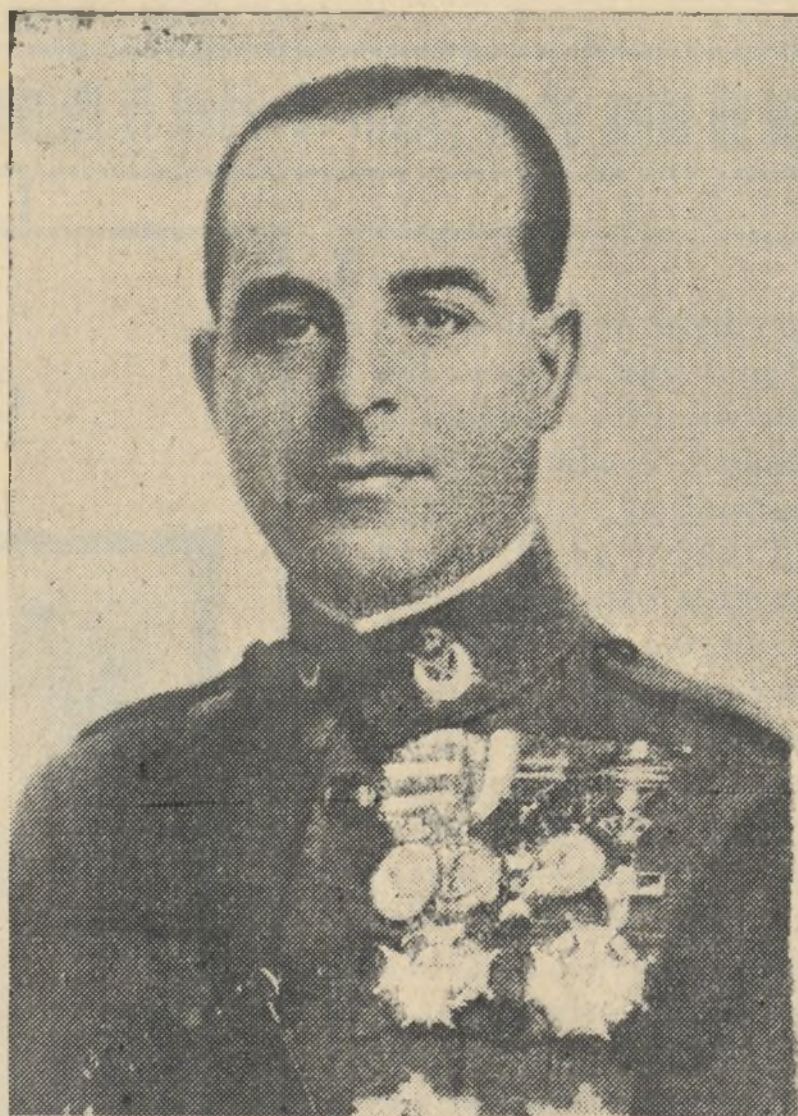


LA BENEMÉRITA



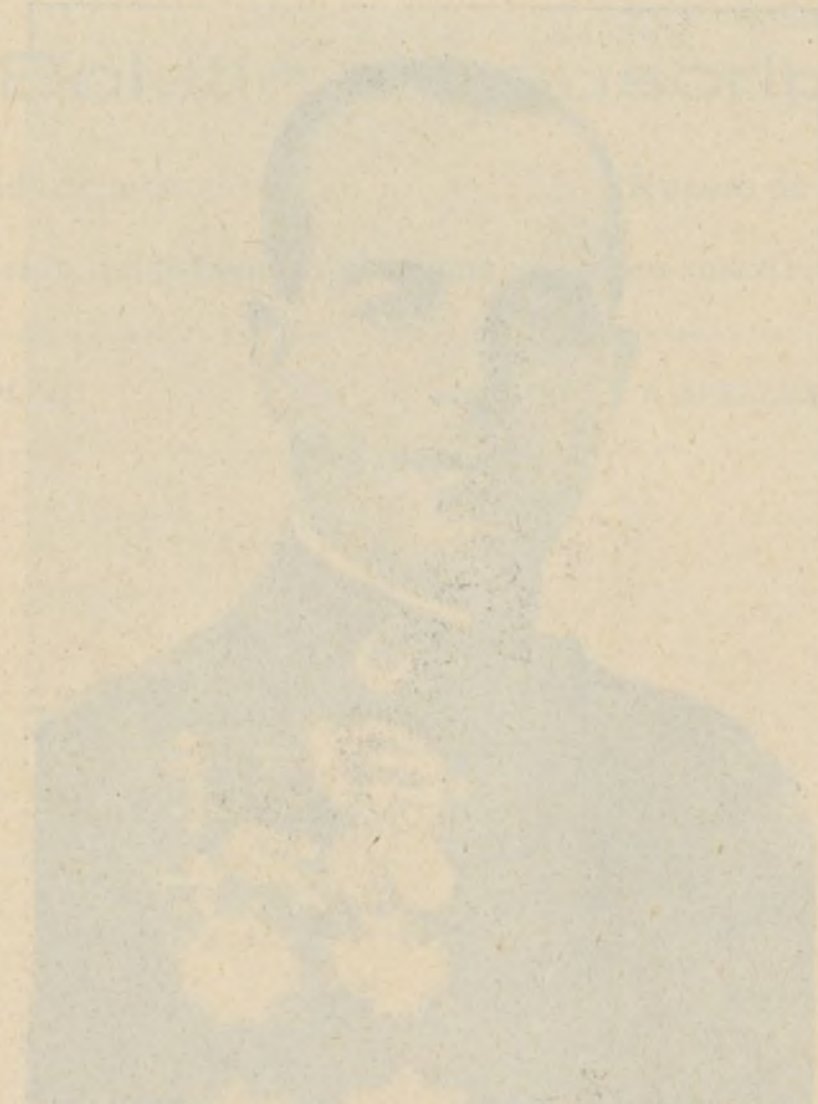
El Excmo. Sr. General, dos veces laureado, don José Enrique
Varela Iglesias



MUY INTERESANTE

LA BENEMÉRITA

ORDEN DE MANTENIMIENTO DE LA PAZ Y LA SEGURIDAD DE LA CIUDAD DE MADRID



El Excmo. Sr. General de División don Juan Martínez

Comandante en Jefe de la Brigada de Infantería de Madrid

La Benemérita

Revista profesional

Redacción y Admón.: Dr. Madrazo, 18, 1.º - SANTANDER - Teléfono 11-94. Apartado núm. 106

SE PUBLICA QUINCENALMENTE

Precio de la suscripción TRES ptas. trimestre

Pago adelantado por Giro Postal

Gastos de Giro de cuenta del suscriptor

Año I

Segunda Epoca - 28 de Febrero de 1938 - II Año Triunfal

Núm. 4

Palabras de Mola en el frente de Vizcaya el día antes de su muerte



«No lo dude usted, querido Te-bid, que no hay hombre en el mundo más feliz que yo. Lo único que faltaba a España era un hombre que la pusiese en pie. Franco lo ha hecho. Los demás sólo hemos sido ayudantes a sus órdenes, leales, entusiasmados de seguirle y obedecerle hasta lo infinito. Y esto lo saben mis jefes, mis oficiales y mis soldados, llevadlo en el pecho y en la mente, pase lo que pase. Cumplir con el deber, lo cumpliremos con infinita alegría, con optimismo creciente, sean cuales fueren las adversidades que se alcen en nuestro camino hacia la gloria de una España redimida, grande y fuerte. Y hay que atrincherarse contra el dolor. Es muy grande lo que estamos haciendo y no se logrará sin sacrificios. Pero será muy pronto y hacia ello vale la pena de sufrir y darlo todo.»

Y VOLVIÓ A ESPAÑA

Una noche, a merced de las sombras tenebrosas, la horda marxista irrumpió alevosa en los barrios de la ciudad turolense, con propósito de dar un golpe teatral para afianzar el resquebrajado crédito internacional y, de paso, levantar el decaído espíritu de la retaguardia roja, abatido por interminables derrotas

Gratificaciones

a Suboficiales, Sargentos, Cabos y asimilados retirados.

Orden de la Subsecretaría del Ejército de 18 de Febrero de 1938 (B. O. número 487).

La orden de 13 de Octubre de 1936 (B. O. número 3) que concedió a los Suboficiales, Sargentos, Cabos con sueldo de Sargento y asimilados retirados con los beneficios extraordinarios, que se hallen prestando servicio en el Ejército o Milicias, 500 pesetas anuales, se hace extensiva a partir del 10 del corriente, a los demás retirados de dichas Clases, que actualmente o en lo sucesivo presten servicio por orden de las autoridades militares de las Regiones y Marruecos, Cuerpos de Ejército y Comandantes Generales de Baleares y Canarias.

A dicho fin, los Jefes de los Cuerpos, Centros o Dependencias en donde se hallen los interesados, harán propuesta razonada a dichas Autoridades y éstas, teniendo en cuenta la edad, condiciones físicas y sobre todo la necesidad imprescindible de utilizar los servicios de los propuestos, lo autorizarán en cada caso dando cuenta a este Ministerio.

bélicas. No hubiesen logrado las mesnadas del marrullero Prieto tales objetivos, si la traición de un miserable no hubiese contribuido a facilitárselos, que en la plaza había corazones españoles bien templados en la lucha, dispuestos a defenderla contra las masas soviéticas, mientras llegaban en su auxilio las legiones victoriosas del Caudillo. La horda sanguinaria cayó sobre la capital del bajo Aragón y se enseñoreó de ella, cuando el puñado de valientes que allí seguían batiéndose como leones, sucumbieron gloriosamente en los pequeños reductos desmantelados por la dinamita marxista.

Teruel dejó de ser de España y dejó de ser Teruel. Los bárbaros de Moscú la convirtieron en ingente montón de ruinas y llevaron prisioneros a los pocos defensores que quedaron con vida y a sus moradores civiles, para someterlos al martirio de un dantesco cautiverio. Y ellos, que jamás obtuvieron un triunfo que mereciera señalarse como tal, echaron al vuelo sus campanas y llenaron el éter con las voces de su menguada victoria.

Caro les costó el efímero éxito. Nuestro Ejército, invencible y glorioso, guiado por el genio de Franco, y capitaneado por los bravos guerreros de la España inmortal, cayó como tromba devastadora sobre la horda roja y la fué sacando de sus madrigueras de las sierras y echándola de las oquedades de las angos-

las gargantas del Alfambra y de las crestas nevadas de los montes y de los picachos inaccesibles, donde las águilas tuvieron su nido, hasta hacerla huir despavorida y sangrante por el estrecho llano y acorralarla en la ciudad por ella martirizada. Y Teruel, las ruínas sagradas de Teruel, sepulcro de muchos héroes y tumba de sus desalmados destructores y del mentido y fugaz prestigio rojo, volvió a ser de la España gloriosa, que amorosa recoge sus restos y sus piedras sagradas milenarias para levantar de nuevo sobre ellas

Medalla de Sufrimientos por la Patria

Por diversas Ordenes Ministeriales del mes de Febrero, se le concede dichas condecoraciones al siguiente personal del Cuerpo:

Comandante don Eustaquio Heredero Pérez y Alférez de la Comandancia de Córdoba don Basilio Osado Labrador.

Brigada don Tiburcio Alonso Orozco, herido, siendo Sargento en el Alcázar de Toledo; pensión vitalicia de 17,50 pesetas mensuales.

Sargento de la Comandancia de Guipúzcoa, don Gabriel García Pérez; pensión vitalicia de 17,50 pesetas mensuales.

Cabo de la Comandancia de Zaragoza, don Conrado Martín García; pensión vitalicia de 12,50 pesetas mensuales.

Guardias: don Álvaro Ballesteros Rodríguez, de la Comandancia de Badajoz; don Alejandro Cervero Membrilla, de la de Soria; don Alejandro Vaquerizo Villasevil, de la de Zaragoza; don Gabino Escudero Vela, herido grave en el Alcázar de Toledo y don Rafael Gil Ruiz, de la Comandancia de Ávila; con pensión de 12,50 pesetas mensuales.

Guardia de la Comandancia de Salamanca, don Juan Pérez Bernal, sin pensión, por renuncia expresa del interesado en beneficio del Tesoro.

la ciudad heroica de los románticos amantes y del torico, que no podía ser jamás marxista, sino española.

¡Por España!, ¡por Teruel!, ¡por Franco!, ¡Arriba España!, ¡Viva España!

HEROES de Teruel; MÁRTIRES de Teruel; camaradas CIVILES que pocos días antes de nuestro cerco y de nuestro sacrificio ¡los últimos! seguramente de vuestra vida, me escribisteis una carta cariñosa y alentadora sumándoos con entusiasmo a las entonces nacientes listas de esta revista que ya no pudisteis recibir, LA BENEMÉRITA os recuerda y os recordará siempre y estampa en sus páginas para rendiros el tributo de su gratitud y de su admiración vuestros nombres gloriosos.

Camaradas José Lombarte Gazulla (alférez), Ricardo Ariño Colorado (cabo), Ildefonso Molina Martínez, Vicente Sánchez y Sánchez y Federico Gil Murciano (guardias): ¡PRESENTES!

RESIDENCIA DE LOS MINISTERIOS

En el «Boletín Oficial» de fecha 16 de febrero, se hace público, para general conocimiento, la residencia oficial de los Ministerios de la Gobernación del Estado.

La Vicepresidencia del Gobierno y los Ministerios de Asuntos Exteriores, Defensa Nacional, Interior, Hacienda, Industria y Comercio, Agricultura, Obras Públicas y Organización y Acción Sindical, quedan establecidos en Burgos; los de Justicia y Educación Nacional, en Vitoria (Alava), y el de Orden Público, en Valladolid.

Cómo lo pasaban los «mandamás» rojos

Mientras en la retaguardia se ayunaba y en el frente se comía poco y malo...

(Del blok de un movillizado)

¡Qué predicaciones y cuántos gritos de ¡abajo el burgués!, dieron muchos de los que luego, aprovechando la coyuntura, habían de vivir como verdaderos Rajás! No me voy a referir al caso del limpiabotas que llegó a ser comandante de un batallón, sino a un chófer, que hizo las veces de tal con una familia montañesa y que luego fué la cumbre del guerrero rojo, no sé por qué causas, pero supongo que seguramente por las de asesino, oficio o carrera que cursó con sobresalientes en todas las asignaturas: Refinamiento, ensañamiento y abuso de defensa nula en la presa.

Era este hombre o, mejor dicho, esta fiera, un socialista cien por cien y como tal salió en los primeros momentos al frente, encuadrado ya, creo que como sargento.

En La Herbosa y en los ataques que a la misma hicieron los rojos, fué ascendido a capitán, y al poco tiempo a comandante del batallón 120.

Allí, y según contaba el teniente ayudante que luego tuvo en la brigada, un tal Raba, hizo pruebas de su pistola varias veces, con una sangre fría espeluznante, en el cuerpo de algunos desgraciados cuyo ideal derechista fué descubierto por denuncias de unos malvados.

Por verdadera casualidad de la vida fuí a dar con mis huesos a la oficina de la Brigada que él manda-

ba, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme en ella personas en las que podía depositar toda mi confianza, pues me eran conocidas como derechistas acérrimas. Poco a poco fuí sabiendo todas las interinidades y podredumbre que había en el famoso chalet de Valle, desde que en él se instaló la 14 brigada mandada por Cecilio San Emeterio, que así se llamaba aquel monstruo.

Faltaban los alimentos en la retaguardia y en los frentes se carecía de los más principales. En dicha Brigada, en cambio, había un sótano que, poco a poco y metiéndome en lo que no me llamaban, fuí enterándome de lo que guardaba. En él había sacos de alubias, garbanzos, arroz y café; latas de tomate por cajas y botellas de vino y coñac de buenas marcas, así como vermout, cerveza, anís y algunas bebidas más.

Probablemente, y es más, con seguridad puedo afirmarlo. Tanto en la retaguardia como en el frente, se pasaba verdadera hambre y, sin embargo, este paladín del marxista no se privaba de satisfacer sus caprichos nunca. Después de una cena o de una opípara comida con sus cinco o seis platos, guisados por un buen cocinero y con su postre de natillas, flan u otras cosas dulces, tomaba café y copa y se fumaba un veguero monumental. Apenas se acababa la comida se arrellenaba en un butacón, seguramente haciéndolo-

se ilusiones y pensando que el día que terminase la guerra llegaría a ser lo menos General. Si hubiese continuado mandando por más tiempo dicha unidad, hubiera caído a manos de uno de sus mismos secuaces o uno de sus soldados, pues ya no había quien le pudiese ver, desde que por la conquista de un insignificante pueblo como Espinosa de Bricias y por los ataques hechos a Cilleruelo, del mismo partido, llevó al matadero a tantos inocentes que confiaban en sus dotes de gran mando. Más tarde, en la ermita de San Roque, se negaron los componentes de una compañía del 120 a atacar, y liquidando a algunos y amenazando a otros, hizo que fueran a caer como moscas ante el coraje de nuestras fuerzas, que en escasísimo número, mientras llegaba el refuerzo y defendiéndose con bombas de mano, guarnecía aquella posición.

A aquel «chalet» vi llegar un día a una mujer, joven, alta, morena, buen tipo y bien parecida, y de aspecto al parecer, decente. Yo, como no sabía de quién se trataba, pregunté a mis amigos su procedencia, y me enteraron de que era la «amiga» del «mandamás».

Todos la decían la «Tere» y creo que en Reinosa es bastante conocida. Solía ser «avisada» por un ordenanza cuando el chófer «brigadier» bajaba del frente, acudiendo la «moza» con prontitud, y como la puerta estaba solamente cerrada con el resbalón y teníamos una cuerda para entrar y salir libremente, ella la abría por este procedimiento y se

metía en una habitación que daba frente a la puerta y era la que ocupaba con el propio San Emeterio, sin que apenas se diera cuenta nadie. Salía de la estancia como dama misteriosa y aparecía en el comedor en el momento preciso de ser servida la comida, para no ser vista con exceso.

También el «mandamenos», (el teniente ayudante Raba, que al fin y al cabo, era soltero), tenía sus visitas femeniles. La de éste era una rubia, más baja y menos mujer que la otra. Por desgracia, un día tuve que servirles a la mesa, ya que los ordenanzas habían sido enviados al frente. Poco más tarde, por haberse enterado de que yo era hijo de un sargento retirado del glorioso Cuerpo de Ahumada, fui enviado también al batallón de mi procedencia, con una «recomendación» que, a Dios gracias, no llegó a surtir el efecto deseado por el cobarde esesino, el cual, cuando nuestras legiones victoriosas se acercaban a Reinosa, huyó cobardemente a Santander, abandonando sus mesnadas. Después fué hacia Asturias y anduvo a la deriva por Infiesto, cometiendo aún nuevos asesinatos. ¿Se habrá quedado por allí?

Esta era la democracia que pregonaban los gerifaltes rojos, y que tantos idiotas —no se les puede dedicar otro epíteto más fino— se creyeron. Algunos se desengañaron, otros, más cerriles, y que no se dieron cuenta de estas faenas, puede que aún crean en la «nobleza» de los que, según ellos, fueron explotados, pero que se convirtieron en ex-

plotadores de sus mismos ideales. Fijaros bien en este ejemplo de un pordiosero, le trato casi con educación—, que se convirtió en el burgués mayor que yo conocí.

Y ante esta España que los miserables creían suya, han puesto nuestras armas victoriosas, las gloriosas banderas de la Nueva España, que, a fuerza de sangre de nuestros héroes, se va colocando en las cimas de los montes y en el corazón de las ciudades. Por ésto, siempre Fe en el Caudillo, y que nosotros y todos nuestros esfuerzos, sean a una, para laborar por el engrandecimiento de la Patria.

Santiago García Fernández.
(G. Hijo).

Movimiento de Personal

Ascensos.—Se les concede al empleo inmediato, a los Jefes, Oficiales y Suboficiales siguientes:

Tenientes Coroneles: don Manuel Pereira Vela; don Romualdo Almoguera Martínez; don Jaime Obrador Casanovas y don Federico Martín de Hijas Renedo.

Comandantes: don José Carroquino Luna; don Eloy Espiau Almazora; don Angel Valcárcel Bosque; don Emiliano López Montijano; don José Eady Gloria; don alfredo Escobar Huerta; don Carlos Alvarez de Pablo y don Manuel Márquez González.

Alférez, don José Grande Cano, y

Brigadas: don Ricardo Luna Pon y don José Reina Páez.

Destinos.—Coroneles: don Benito de Haro Lumbreras, del 13.º Tercio al 6.º (Coruña); don Jenaro Conde Bujons, del 6.º Tercio, al 18.º (Córdoba); don Ramón González López, del 8.º Tercio, al 13.º (San Sebastián); don Manuel Pereira Ve-

la, al 11.º Tercio; don Romualdo Almoguera Martínez, al 21.º; don Jaime Obrador Casanova, al 8.º y don Federico Martín de Hijas Renedo, al 17.º

Tenientes Coroneles: don Carlos Lapresta Rodríguez, de la Comandancia de Pontevedra a la de Palencia; don José Carroquino Luna, a la de Navarra; don Eloy Espiau Almazora, a la de Zamora; don Angel Valcárcel Bosque, a la de Badajoz; don Emiliano López Montijano, a la de Ávila; don José Eady Gloria, a la de Huelva; don Alfredo Escobar Huerta, a la de Oviedo; don Carlos Álvarez de Pablo, a la de Málaga; don Manuel Márquez González, a la de Cáceres; don Felipe Moragriega Carvajal, a la de Baleares y don Enrique Cotter Chacel, a la de Orense, continuando en su destino de Delegado de Orden Público de Orense.

Comandantes: don Pedro Sáez de Sicilia Morales, de Palencia a Sevilla (interior) y don Lisardo Doval Bravo, de Salamanca a Coruña.

Capitanes: don Esteban Valls Ochoa, de Toledo a León; don Antonio Acuña Díaz Trechuelo, de Logroño a Sevilla (exterior); don Rodrigo Carrillo de Albornoz, de Lugo a Huesca; don Eugenio Velasco Jiménez, de Tenerife a Burgos y don José Ruiz Palomo, de Tenerife a Málaga.

Tenientes: don Manuel Martínez Martínez, a la Comandancia de Granada; don Cándido Rincón Martínez, a la de Badajoz; don Francisco Cabezas Rejano, a la de Huelva; don Manuel Martínez Pedrá, a la de Cádiz; don Antonio Mayor Jiménez, a carros de combate.

Alféreces: don Rafael Gadea García, a la Comandancia de Pontevedra; don José Ortega Salcedo, a la de Málaga; don José Pimentel Muñoz y don Joaquín Garrido Valcárcel, a la de Sevilla (exterior) y don Ildefonso Arenas Bojas, a la de Córdoba.

Tenientes retirados: don Marcelino Martín Flores y don Baltasar Cortés Persiva, a disposición, respectivamente, de los Excmos. Señores Generales Jefes de la 7.ª y 8.ª Regiones Militares.

Santander bajo la tiranía marxista

Cartas a un suscriptor

IV

Procuré en mi carta anterior pintarle, lo más realmente que pude, la situación verdaderamente angustiosa que, bajo la neroniana dominación marxista, atravesaron la mayoría de nuestros camaradas de la Comandancia de Santander.

Es posible que el cuadro, como trazado por mano poco experta en este difícil arte (mano de simple aficionado solamente), no haya resultado todo lo perfecto que usted y yo hubiéramos deseado, pero hubo escenas en la larga tragedia del infierno rojo por nosotros padecido, que sólo la pluma mágica del autor de «La Divina Comedia» hubiera podido describir en todo su crudo realismo.

Usted, seguramente, habrá padecido alguna vez uno de esos espeluznantes sueños que nos hacen sentir, como si fuesen ciertos, peligros y desgracias que la loca imaginación, sin el control de la razón, nos representa, y habrá sufrido las congojas propias de la terrorífica pesadilla a la que pone fin un brusco y desasosegado despertar.

Pues eso fueron para la casi totalidad de nuestros compañeros los trece meses del feroz dominio rojo: una horrible e interminable pesadilla dantesca, no inconsciente, como la de los malos sueños, sino real y, desgraciadamente, efectiva. Para unos tuvo el alegre despertar del

glorioso día 26 de agosto de 1937, de imperecedero recuerdo; para otros el sueño fué eterno y solo allá en la celestial morada, al recibir el premio que Dios reserva a sus mártires, tuvieron fin sus terrenales sufrimientos.

Ya le esboqué en mi última los padecimientos de nuestros camaradas de aquí. Si los que no fueron sometidos a prisión estaban, como suele decirse, con el alma en vilo, puede usted juzgar, mi querido amigo, cómo andarían los que llevaban pendiente sobre su cabeza la amenazadora espada de Damocles.

Muchos de éstos no esperaban, ciertamente, salir con vida del caos rojo. Veían llegar el feliz y ansiado día de la liberación; pero temían que la fiera perseguida en las montañas y acorralada en el llano y encuevada y moribunda en la capital, descargase sobre ellos sus agónicos y desgarrantes zarpazos. Así al menos lo vociferaban las sanguinarias hordas. Y no se podía esperar de la vesania de éstas cosa mejor; pero sus planes siniestros, que sólo en una mínima parte pudieron desarrollarse, quedaron reducidos a la población civil indefensa, en la que causaron a última hora cerca de un centenar de víctimas. La cárcel y el cuartel tuvieron al fin quien los defendiera y protegiera y salvase la vida de presos y arrestados.

Estos, en el cuartel, sufrieron vejaciones sin cuento y privaciones sin medida. Sin excepción de categorías se les obligó a trabajar en la construcción de refugios contra la aviación, bajo la vigilancia de algunos de los indeseables que nutrieron las nuevas filas de la Guardia nacional republicana, para cuyo ingreso no se exigió más que un carnet sindical, cuanto más extremista mejor. Y al final de tanto atropello y tanta amargura y tanto sufrimiento, la expulsión y el ingreso, para muchos, en la cárcel, y para otros, que aún era casi peor, la libertad con una recomendación a los bárbaros pueblerinos, tan bárbaros o más que los de la capital, si es que en esto de la barbarie podían establecerse aquí grados y comparaciones.

De cómo se trataba en los pueblos a nuestros camaradas, puede darle idea aproximada los asesinatos de que ya le hice mención en mi carta anterior, las persecuciones inicuas, que referidas una por una llenarían muchas cuartillas, y como botón de muestra el siguiente hecho de que fué protagonista el sargento Alejandro Meruelo Aedo, el cual, «filtrándose» sigilosamente por el refugio del cuartel en que estaba arrestado, venía cada dos o tres días a esta su casa a recibir el consuelo de nuestro afecto y a cambiar noticias sobre la situación, que veíamos con loco optimismo.

La clase citada, con unos cuantos individuos, prestaba servicio en el penal del Dueso, de cuya custodia se hicieron cargo las hienas de la F. A. I. que designaron como jefe

superior del presidio a un taimado verdugo apellidado Carral, relojero de oficio, el cual sometió a los presos a tan inhumano trato y a tal género de privaciones, que de haber tardado un mes más nuestra liberación, los pobres espectros humanos que iban quedando en el Dueso, hubiesen sucumbido de inanición.

El sargento Meruelo fué localizado por la canalla frentepopulista de Polanco, donde había estado durante el conato revolucionario de octubre de 1934 en esta provincia, y a poco gestionaron y obtuvieron—¡cómo no!—su traslado a Ontaneda, desposeyéndole del fusil, como a la mayoría de los viejos civiles se les desposeyó. Ya en el nuevo puesto recibió en mano, al atardecer de un día cuya fecha no recuerdo, un escrito del Frente popular de Ontaneda, en cuyo escrito se le daba traslado de un «telefonema» del coronel jefe de la Comandancia, ordenando saliese inmediatamente para Santander, para lo cual el dicho Frente popular de Ontaneda le facilitaba un coche. El sargento, suspicaz y cauto, como buen montañés, leyó y releyó la orden, la juzgó apócrifa, le pareció muy raro el conducto por el cual se le comunicaba, vió en ello un lazo que se le tendía para «darle el paseo impunemente» y mandó un guardia para que preguntase por teléfono a la Comandancia si aquéllo había salido de allí o era invención de los asesinos de Ontaneda. Entre tanto tomó sus precauciones, gracias a las cuales pudo salvarse; cerró y atrancó bien las puertas y ventanas del piso bajo del cuartel en el cual

quedó él solo, cargó un par de pistolas y se aprestó a vender cara su vida.

El «mandamás» del Frente popular mandó una escolta de milicianos a prender al sargento, pero ninguno de ellos se atrevió a asaltar la fortaleza. Era un paso muy peligroso porque Meruelo estaba decidido a llevarse por delante al que se le pudiese a tiro. Como no se decidía a bajar y los milicianos no se aventuraban a subir por él, a lo cual les invitaba siempre que le requerían para que se entregase, se reforzaron las fuerzas asaltantes y al fin se acordó, como más fácil y menos expuesto, quemar el cuartel. Y lo hubieran llevado a cabo los «valientes» esbirros del Frente popular, de no haberse presentado allí, acompañado del comisario político de la Guardia nacional republicana, otro sargento del Instituto en un coche oficial de la Comandancia, los cuales, después de apaciguar los ánimos y de convencer a Meruelo, lo que no fué tarea fácil, de que nada le iba a ocurrir, le trajeron a la capital, donde permaneció arrestado en el cuartel hasta dos meses antes de la liberación, en que a propuesta del comité soviético de la Comandancia fué expulsado.

En el trayecto de Ontaneda a Santander encontraron un coche parado en un lugar solitario de la carretera. El vehículo era de los empleados por la F. A. I. para los

trágicos «viajes sin vuelta». ¿A quién esperaba? Al sargento Meruelo, que gracias a su energía y decisión logró salvar su vida, que sigue consagrando al servicio de la Institución y de la Patria.

Suyo afectísimo,

JENARO G. GEIJO

Suplicamos

a los señores suscriptores que, al recibir este número de la revista, nos giren el importe de su suscripción. Pueden efectuarlo por un trimestre, y, si lo desean, y sus medios económicos se lo permiten, por seis meses. Con ello contribuirán a aliviar la difícil situación económica que estamos atravesando después de diez y ocho meses de inactividad forzosa.

Los señores suscriptores de antes de Julio de 1936, que adeuden alguno o algunos meses de suscripción anteriores a dicha fecha, pueden también, si así lo desean, girarnos el importe de los meses que tuvieren sin pagar.

Aquellos que hubiesen abonado alguno o algunos meses posteriores a dicho Julio de 1936 y deseen les sean compensados, deben también indicarnos los que tuvieran girados anticipadamente.

Para ahorrar al suscriptor mayores gastos de giro, pueden efectuar el pago varios en un solo giro, remitiéndonos el correspondiente aviso individual para el abono en cuenta a cada uno de la cantidad girada.

Al recibir el giro remitiremos los recibos correspondientes.

El giro debe dirigirse a Jenaro G. Geijo, apartado de Correos 106—Santander.

Visado por la censura

LA VIRGEN DE LA CABEZA

POEMA EN DOS CANTOS

Por R. GARCÍA VERDEJO

CANTO II

¡HÉROES PERDURABLES!

La Patria se derrumba, y los valientes
se alzan en armas para darle gloria,
y siempre ante el peligro indiferentes
obtienen como fruto la victoria.

La guarnición del Africa bravía
vibrante de entusiasmo y bizarría,
se apresta presurosa a la campaña
al grito magistral de: ¡ARRIBA ESPAÑA!

El dieciseis de Julio inolvidable
se provocó el Glorioso Movimiento,
y de Franco, el Ejército indomable
rubricó con su sangre el pavimento.

Mas ¡Qué importa! —rugió— y en ese alarde
copiado de Daoiz y de Velarde
lleno de fervoroso patriotismo,
¡lanzóse a batallar contra el marxismo!

En ristre el corazón en vez de lanza
pone al contrario en vergonzosa huida,
y como el rayo pavoroso, avanza
la Legión invencible y aguerrida.

El glorioso molín de aquella tierra
convierte a España en encendida guerra,
y el dieciocho del mes que va comento
repercute en Sevilla el Alzamiento.

Después, Valladolid, Pamplona, Oviedo...
Salamanca, Galicia y La Rioja;
y el histórico Alcázar de Toledo
que Moscardó salvó de la horda roja.

Pero aquella gloriosa fortaleza
enclavada en la rústica aspereza
donde CORTÉS, el Capitán valiente
se sostuvo diez meses con su gente.

¡Qué magnífico ejemplo nos ofrecen!

¡Mártires que luchásteis incensables!
por su gran patriotismo, bien merecen
denominarse: ¡HÉROES PERDURABLES!

Estos que de la Patria en holocausto
se vieron ante el cuadro tan infausto,
compadezcámosles, pues ellos fueron
la admiración del mundo en que vivieron.

Aquel Santo Lugar, gigante almena
donde altanera se elevó la Ermita;
hoy deshojada y por el sol marchita.
¡Cadavérica y frágil azucena!

Nos recuerdan tus ruinas humeantes
aquellos catastróficos instantes,
en que agotados por la lucha inmensa
¡Exánime quedó vuestra defensa!

¡Virgen de la Cabeza!, noche y día,
alentando a los férreos defensores,
les hiciste constante compañía
del asedio en los horribidos fragores.

Tú oíste los lamentos del herido
que a tus pies exhaló el postrer gemido,
y también, de las bárbaras legiones
el titánico son de los cañones.

Y observaste asimismo los escombros
que de tu estancia abajo se venían,
y lamélicos seres con sus hombros
los derruidos muros contenían.

Y del combate en el atroz momento
cansados de bregar y sin sustento,
les has visto también, fusil en mano
¡contener al Ejército villano!

Y eran sus efectivos muchos miles,
mas los cercados en el Cerro abrupto,

sólo una escasa suma de Civiles
que supieron honrar a su Instituto.

Por fin, tras de la noche tenebrosa
hallaron la mañana tormentosa;
y Tú, divina Virgen, conmovida,
víctima fuiste de mortal herida...

¡Murieron los bizarros defensores!...
pero la estela de su grande historia,
¡pura!, cual el perfume de las flores
vivirá condensada en la memoria.

Por eso a las grandezas de la vida,
para rendir la admiración debida
al recordar tan sin igual proeza,
me digo emocionado y con tristeza:

Vivir, vivir en la memoria humana
como ejemplo viril de patriotismo,
los que entregáis la juventud lozana
al azar del odioso comunismo.

Y si era vuestra sangre necesaria
para lanzar de ¡TRIUNFO! la plegaria,
saldada está la cuenta, Virgen Pura:
Brille ya el sol pacífico en la altura!

EN MEMORIA DE NUESTROS CAMARADAS ASESINADOS

Llanes (Asturias).—El domingo,
13 tuvo lugar en la playa de La
Franca, en términos de Colombres,
una conmovedora ceremonia.

Merced a la iniciativa de los ca-
detes y flechas llaniscos, ese día se
erigió sobre la tumba de los cuaren-
ta guardias civiles caídos por Dios
y por la Patria, una gran cruz de
madera que ellos costearon.

El acto se vió concurridísimo.
Asistieron, además de las agrupa-
ciones juveniles llaniscas ya men-
cionadas, las de Colombres, Pen-
dueles, Vidiago y otros pueblos cir-
cunvecinos. También acudió una
gran multitud de estos pueblos.

Las autoridades, tanto militares
como eclesiásticas y civiles, presi-
dieron también el solemne acto.

Se inició éste con un responso
cantado por el párroco de Colom-
bres. Hicieron uso de la palabra el
jefe instructor de cadetes y flechas
de Llanes, el comandante del puesto
de la Guardia civil de Colombres,
el alcalde de Rivadedeva (Colom-
bres) y el Delegado de Orden Públi-
co de Llanes.

Mientras tanto, las agrupaciones
juveniles de F. E. T. y de las Jons,
hacían guardia a la tumba, así co-
mo varios números del benemérito
Cuerpo de la Guardia civil.

Al final se depositó una hermosa
corona sobre la tumba de los guar-
dias caídos y se entonó el Himno
de Falange.

Beneméritos

el no estar en destino fijo no debe
ser obstáculo que demore vuestro
deseo de subscribiros a esta revista.

LA BENEMÉRITA llegará a donde
vosotros la mandeis llegar, hasta las
mismas avanzadillas, donde, con el
arroyo peculiar de los legionarios de
Ahumada, luchais por arrancar de
las zarpas sanguinarias del oso so-
viético la parte del territorio nacio-
nal que aún tienen bajo sus inmundas
patazas.

LA BENEMÉRITA os seguirá a donde
quiera que vayais, si os tomáis la
molestia de avisar vuestro cambio de
residencia o destino.

LA BENEMÉRITA, si lo preferís, os
reservará vuestros ejemplares para
enviároslos con las debidas seguri-
dades cuándo y a donde lo ordenéis.

Ahora, al reanudar su vida, es
cuando más necesita LA BENEMÉRITA
de vuestro apoyo.

IMPRESIONES

Una oración en la calma, como un devocionario por el que se escapase mi alma por las alegres sandas del deber cumplido.

I

Arriba, levántate pronto y vístete.

Alborea el día 25 de marzo de 1937; jubiloso, salto de la cama y me apresuro a vestirme para emprender la marcha; marchar al frente.

Ya en noviembre del año anterior hube de solicitar, juntamente con mis guardias Cuaresma y Romero, ir voluntariamente al frente de Madrid y hoy, por fin, se cumplen mis deseos.

La nimiedad, la insignificancia del pueblecito me aburre, a mis ansias de cumplir un deber, que para mí tengo debe ser el de todos los españoles, se une el de ir al frente de Madrid; en los soliloquios de mi pensamiento me admiro más hombre, más guardia civil, más patriota que aquellos que aún duermen en sus camas sin la dichosa preocupación de marchar al frente.

He tomado un taxi que me ha transportado a la estación de la Plaza de Armas. Allí un tren atiborrado de militares que van como yo, a cumplir el más sublime de los deberes, el de defender a la Patria. Unos minutos de espera y por fin el silbido de la locomotora que anuncia su marcha.

Deslizándose rauda, va salvando las distancias, los promontorios y recovecos del terreno, y así en un jadear constante, interminable, a las 7³⁰ de la tarde llegamos a Cáceres,

a las 22,30 salimos en el correo de Leganés.

He visto aparatos rojos destrozados completamente por los nuestros que, como una prueba inconfundible de su cobardía, yacen «panza arriba» con sus hierros retorcidos y calcinados esqueletos. Parecen pregonar la innata cobardía de la sinrazón de los sin Patria, de los sin Dios.

Trenes completamente destrozados, empotrados sus vagones los unos contra los otros, fruto de lo incivil de sus actos y de la perversidad de sus instintos, y aquí y allá tristes huellas de que por allí pasó la guerra.

He llegado a Leganés a las 4,30 de la tarde y, ya en ella, he visto Madrid. ¡¡Madrid!! ¡Qué cerca!

Me parece que alargando el brazo toco la Telefónica.

¿Qué efecto me ha producido este acercamiento?

Algo así de jubilosa niñería; de alegría retozona, incontenible, sintiendo ganas locas de reír y acortar las distancias.

Me he aproximado más y más y en la calma vespéral, viendo el sol rojo, rojo para ellos, lampadario sublime para mí, voy destrozando entre mis dedos un cigarrillo que juguetea nervioso entre mis labios, dibujando espirales su humareda y así junto a las tapias del cementerio de Leganés, sentado en el ribazo so-

Sobre el musgo, desgrano entre mis labios una oración a Dios Todopoderoso para que ultime en nuestro beneficio este cataclismo que significa Madrid.

Es una mezcla de rencor y cariño; rencor contra esos rojos miserables que son la escoria de una raza heroica y sublime, y cariño, cariño sí, mucho cariño para aquellos mártires del amor a su Patria, a la España inmortal que, lentamente van cayendo en el vil suplicio de un martirio espantoso, sufrido y callado, mustio, triste como las flores incoloras que adornaran la tumba de un héroe.

Deseos insospechados en mí, una sed incontenible de venganza, de sangre, de sangre de rojos, de esos Sísifos miserables que suben y bajan la piedra fabulosa de su ignorancia a fuerza de latigazos moscovitas, cobardes y asquerosos que no tienen de esta raza sublime, ni el gesto heroico de la rebeldía.

¡Oh, miserables!

Más que miserables, asesinos, deshonra para nosotros que nacióis en esta patria de héroes e hidalgos.

Escasas luces alumbran la capital de España, ténues, asustadas, como si ellas mismas horrorizadas trataran de ocultarse a la mirada de los de enfrente.

Más sosegado el espíritu retorno a mi destacamento.

Es una huerta en la que solo hay muchas coles, coliflores y algún que otro vegetal que desconozco; es la casa de un huertano que fué rojo y abandonó sus tierras quizás con el propósito de agrandar más sus pro-

piedades... quizás empujado por la canalla...

De vez en vez un cañonazo hondo, que las montañas repiten con cansancio lastimero; un martilleo rítmico, mejor, monorrítmico, de las ametralladoras y, de vez en vez, un lejano tiro de fusil... No me da esto sensación de guerra.

Parece que «el león español», semidormido, entreabiertos los ojos, descansa vigilante, para lanzarse luego, impetuoso, con la gesta heroica de siempre, sobre esta insignificancia del Madrid rojo... Esperemos.

Hoy, 4 de abril, he visto las proezas de nuestros antiaéreos y la cobardía de esos miserables aeronautas rojos que huyen como alma que llevara el diablo. Y una alegría retozona se apodera de todo mi ser y río desafortadamente de esa estulticia que es la «gloriosa».

LAS CHARLAS DEL GENERAL QUEIPO DE LLANO

Es ahora que llevo aquí varios días fuera de mi sin par Sevilla, de mi Puesto, que a la vez que me acuerdo de mis seres queridos, ¡cómo no!, echo de menos algo extraordinariamente necesario para mi vivir sosegado, tranquilo, eufórico.

Las charlas del insigne general Queipo de Llano; este excelentísimo señor que el día 18 de julio empezó con ese verbo arrogante, persuasivo, chispeante, alegre, tajante, andalucísimo, en fin, a conquistar y conquistar y a arengar a los pocos y muchos que de su aliento necesitaban; esas *¡buenas noches, señores!*

a las que ha sabido dar tal expresión de dulce y enérgica campechanía, que hay quien por poderlas imitar daría algo de lo que más estimase. Son algo extraordinario.

¿Quién dice con más sentido ético *canalla marxista*, *hijos de la Pasionaria*, *Largo Canallero* y otras de sus muchas y célebres expresiones? Nadie.

¡Cuánto echo de menos sus charlas cotidianas!

Porque es, señores, que invariablemente a las nueve y media de la noche, por grande que fuera el número de individuos de cada población grande o pequeña, en las plazas o sitios donde había una radio, parecía como si se fuera a decir la Santa Misa, un silencio de místico recogimiento acogía la hora en que el heroico general iba a charlar y... ¡qué charlas, Dios mío!

Y es que son muy raras las veces en que un hombre recoge la voz de la Raza, la inciensa con el santo amor a su Patria y a su Dios y la vuelca luego sobre las muchedumbres ávidas de corazón, de verdad, de justicia.

Y eso hizo *D. Gonzalo de Sevilla*, elevar en el trono de su corazón un altar a la Patria y fué cantando los salmos de su grandeza y esparciéndolos a voleo sobre esa masa ahita de canalladas, mentiras, hambre y sacrificios sin cuento.

Y yo, que he tenido el alto honor de estrechar su mano, departir unos momentos con él, os lo confieso, me parecía mentira que fuese él mismo quien de noche ilusionaba mi corazón. Una cosa es su semblante y

otra, muy otra, sus formas de hablar para nosotros los españoles dignos.

¿Quién dice que en ese carácter todo seriedad, se encierra el chispeante charlista de todas las noches?

¡Cuánto, cuánto echo de menos sus charlas salpicadas de la gracia chispeante e irónica con que las condimenta cada noche!

Pero en fin, otros días llegarán, venturosos para mí, en que pueda seguir oyéndolas y manteniendo viva y permanente la risa de su risa y la burla a la canalla que no teme a Dios ni sabe de amores tan sublimes como los de la madre Patria.

Hoy mi deber está aquí, en estas trincheras, donde se defienden los más puros ideales para que el hombre ha nacido: El honor de su Patria.

Vencer o morir es la consigna.

II

Nueve de abril.

Han sonado los cañones, las ametralladoras, los fusiles y he visto cómo «el león español» se ha levantado, ha abierto desmesuradamente sus ojos semicerrados, ha sacudido la melena, ha estirado sus manos hacia adelante y ha hecho encorbar todo su cuerpo por el vértice que forma el ángulo de sus manos, ha tomado su majestuosa esbeltez, ha sacado la lengua y ha dado el salto. Sus garras se han clavado en la carne roja con justa cólera y todavía veo entre sus dedos los montones de carne ensangrentada que él, despreciativo y colérico, arroja lejos de sí, de un manotazo, para dejarse tal

vez, limpias y pulidas las uñas para poder dar otro nuevo arañazo y que no le sirva de impedimento la carnaza, piltrafa inmuda que le ensuciaba.

El día 12 he vuelto ha ver al «león español» acodarse sobre el suelo, lamerse las comisuras de su boca y semicerrar sus ojos de un verde oscuro, un poco rojo o enrojecidos por el sol que se oculta o por la simblanza de los ignívoros aparatos.

En estos días me he bañado en la «guerra» y he recogido su perfume.

Los legionarios de la 4.^a bandera y la Falange de Marruecos, dignos cachorros del «león español», han demostrado a qué raza pertenecen y de ello pueden dar fe las múltiples brigadas internacionales que les pusieron delante para que en ellas se ejercitaran; aniquiladas, aniquiladas todas. ¡Cuánto imbécil destripado!

Ya lo sabéis, desgraciados rojos españoles, rusos asesinos, franceses traidores, mejicanos espúreos hijos de la raza, y... ya lo sabéis.

¡Por algo campea sobre nuestro escudo, el león rampante!

¿No lo sabías?

Pues ahí tenéis demostrado el gesto viril y gallardo de su majestad.

Tenemos voluntad de Imperio.

Tenemos Fe y razón.

¿Qué más queréis?

Tenemos valor, valor y valor.

Tenemos un grito de guerra: Franco, Franco, Franco. ¡¡Arriba España!!

¿Qué más queréis, mercenarios de Moscú?

¿Podéis vosotros invocar el santo nombre de la Patria España sin que

no os maten los sicarios de Rusia?

¿Tenéis vosotros un CAUDILLO FRANCO?

Si nada de este tenéis y os falta fe en Dios y amor a España, nuestra Patria santa ¿qué tenéis?

¡Puag, qué asco!

Os habéis hecho tan aborrecibles, que no merecéis ni la conmiseración del espíritu más exquisito.

Sólo Dios, en su infinita misericordia, se apiadará de vosotros; nosotros somos humanos seres que cumplimos un deber que impone Su Trono y el honor de la Patria que vosotros habéis mancillado.

R. MÉNDEZ

Beneficios de derechos pasivos máximos

Orden de la Secretaría de Guerra de 29 de Enero de 1938 (B. O. del Estado, número 468).

Vista la instancia promovida por el sargento de la Guardia Civil de la Comandancia de Córdoba, don Evaristo Tarín Luque, en súplica de acogerse a los beneficios de derechos pasivos máximos que establece el Estatuto de Clases Pasivas, he dispuesto, en analogía con lo dispuesto en las Órdenes Circulares de 22 de Enero y 29 de Marzo de 1934 (D. D. O. O. números 20 y 78) acceder a lo solicitado, debiendo el interesado abonar en la forma reglamentaria, a más de las cuotas correspondientes, todas las atrasadas y los intereses de demora de éstas, practicándose al efecto por quienes corresponda la oportuna liquidación, y cumpliéndose, además, cuanto sobre el particular está prevenido,

NOTAS HUMORÍSTICAS

DE "MANÍN DE LA PORTIELLA" A FILO LA DE LA GRANDA

Ay, Filo, si tú me vieras;
ay, Filo, si contemplaras
cómo anda tu «Manín»
por estas tierras de Francia
donde el que tien come abondo
y el que no tien, fame pasa,
diérate pena de verme
en tal estado, rapaza.

Desde que escapé de ahí
(y ojalá que no escapara)
y gasté les cuatro perres
que logré sacar en plata,
ando como el xudio erranti
pidiendo de casa en casa,
durmiendo por los payares,
vagando por les comarcas
desde donde acongoxido
veo les costes de España.
¡Ay, Filo, cuánto yo diera
por volver pronto a pisarlas!

Y, si Dios quier, pisarelas,
aunque me cueste el ganarlas
cruzar el Bidasoa a nado,
que es el río que separa
nuestra tierrina española
de este país de las Galias
donde a estos tíos franchutes
no les entiendo pallabra.
¡Ay, Filo, qué ganas tengo
de comer una fabada!

Y comerémosla, ¡coímel!
aunque a xurgar por la carta
que en este periodiquín
dedicásteme, mi alma,
estás farruca conmigo
y me insultas y amenazas;
pero yo sé que en el fondo

sigues, neña, enamorada
de este pobrín fugitivo,
por culpa de unos canallas.
¡Ay, Filo, si los cogiera
sin xabón los «afeitara»!

El día menos pensao
paso el río, entro en la Patria,
beso su suelo bendito,
llego a mi tierrina amada,
búscote, nos encontramos,
vamos xuntos a la Granda,
y allí, ante Dios y ante el cura,
con las manos enlazadas
«unificámosnos» ambos
y después dices tú: España,
y «Manín» contesta: Una,
Grande, Libre, y axuntadas
en un beso nuestras bocas
y las diestras levantadas
gritamos con el aliento:
¡Viva Franco! ¡Arriba España!

G.

Rogamos

*a nuestros compañeros: que las revistas
que lleguen a un puesto a nombre de un
suscriptor que ya no pertenezca a él, nos
sean devueltas.*

*Con este señaldaísimo favor, que de
todo corazón les agradeceremos, nos evi-
tarán la pérdida de ejemplares y, lo que
es peor aún, que tengamos que andar re-
clamando de quien por ausencia, traslado
o haja no haya recibido los números, el
pago de ellos.*

Imprenta de la Librería Moderna.—Santander

A los señores suscriptores de LA BENEMERITA

Normas para el pago de la suscripción

Para la buena marcha y puntual salida de nuestra revista, precisamos que nuestros compañeros nos hagan el para nosotros señaladísimo favor de efectuar sus giros con la mayor puntualidad.

Nuestra situación económica después del insaciable expolio rojo, es verdaderamente precaria.

Nuestros suscriptores pueden hacer los giros por los meses que deseen, siendo conveniente que la cantidad mínima que se gire sea de tres pesetas. Todos los giros de un mismo puesto pueden hacerse en una misma libranza, para evitar mayores gastos.

Para la mayor claridad y exactitud en la anotación y abono de giros es *imprescindible* que se nos remita el adjunto boletín de **aviso de giro** que puede sernos enviado en sobre abierto, franqueado con **dos céntimos** a la siguiente dirección:

Impresos

Sr. Director de LA BENEMÉRITA

Apartado de Correos número 106

SANTANDER

Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

El giro debe hacerse a nombre de **Jenaro G. Geijo, apartado 106.—Santander.** *En el boletín de aviso de giro no deben escribirse otros datos que los indispensables para llenarlo.*

BOLETÍN DE AVISO DE GIRO

El suscriptor de LA BENEMÉRITA, D.

....., perteneciente a la Comandancia de y con destino actualmente en el puesto de provincia de gira con esta fecha a don Jenaro G. Geijo, giro postal núm. ptas. para el pago de la suscripción de los meses de de 1938.

NOTA.—De este giro se enviará recibo al interesado directamente.

MUY INTERESANTE

Suscríbase a **La Benemérita** :- Haga propaganda de **La Benemérita**

La Benemérita fué, y seguirá siéndolo, una revista profesional y técnica.

La Benemérita reproducirá en sus páginas las disposiciones oficiales de la gloriosa Nueva España que afecten al Instituto y las que se refieran a los servicios encomendados al mismo.

La Benemérita publica dos números mensuales y un interesantísimo folleto legislativo o de formularios y casos prácticos.

¡Beneméritos honrad y dad vida próspera con el pequeño sacrificio de una peseta mensual a vuestra antigua revista.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Una peseta al mes. que el interesado abonará directamente por giro postal al efectuar la suscripción. Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

TIEMPO MÍNIMO DE SUSCRIPCIÓN: Tres meses. Pago adelantado.

Boletín de suscripción

Comandancia de Puesto de

Relación del personal del mismo que desea suscribirse a LA BENEMÉRITA

de de 1938

Remítase este boletín, en carta cerrada franqueada con treinta céntimos o en sobre abierto franqueado con dos, en este caso sin firmarlo, a la siguiente dirección:

Sr. Director de LA BENEMÉRITA.—Apartado de Correos, núm. 106.—SANTANDER